fin se me concedió cierto rango entre los oradores de mi país.

Llegó la época de la coalicion. Todas las oposiciones se ligaron y se agruparon contra M. Molé, que por un momento fué el único que con génio y dignidad representó la constitucion y la paz. Me indignó esta liga evidentemente mendaz ó perversa entre partidos que se aborrecian entre sí, y que no se aliaban mas que para destruir. M. Guizot, M. Berryer, M. Thiers, M. Barrot, M. Dufaure, M. Garnier-Pagès, estaban de un lado cada cual con su partido; M. Molé estaba solo contra todos. Me hizo impresion el buen derecho, y tambien el abandono general en que todos dejaban al ministro de la amnistía. Hablé en favor de M. Molé; combatia la coalicion, como si hubiera yo sido ministerial ó ambicioso, y no era mas que independiente y sincero.

Los 221 diputados que resistian casi sin órgano á los talentos elevados de los coligados y á los ataques de la imprenta, siempre del partido de los agresores, me suplicaron que combatiera con ellos. M. de Girardin sostenia solo entonces, en la *Presse*, el choque contra todos que yo sostenia en la tribuna. Los 221 me convocaron á una reunion en los salones del general Jacqueminot. Fuí recibido con benevolencia y cordialidad. Me ofrecieron la presidencia, y la rehusé. Subí á una silla y dí los motivos de mi negativa:

«Estoy con vosotros, dije á mis honorables colegas; pero

« no soy de los vuestros. Quiero como vosotros dos co-
« sas: el libre juego del gobierno representativo, y la sin-
« ceridad hasta en la oposicion. Quiero además conser-
« var la paz de la Europa. En estos dos puntos estamos
« de acuerdo, y combatiré con todas mis fuerzas la menti-
« ra en la oposicion, la guerra en el consejo. La concien-
« cia y el interés del pueblo están con nosotros: triunfaré-
« mos, lo espero; pero en la política interior somos de di-
« ferentes opiniones.

«Vosotros sois conservadores, y yo soy progresista. Un
« dia despues de que hayamos vencido á la coalicion par-
« lamentaria, nos separarémos. No nos unamos, pues, si-
no condicional y temporalmente por hoy. De otro mo-
« do os engañaria, y mas tarde me reprocharíais una de-
« feccion. Mejor quiero anunciarla francamente de ante-
« mano. Soy un ausiliar, dejadme fuera de las filas. Ma-
« ñana acaso tendré que combatir contra vosotros."

Estas palabras los afligieron; pero no pudieron dejar de estimar mi sinceridad.

Lo dicho, se hizo. Sostuve la lucha en nombre de ellos al lado de M. Molé. La actitud y el talento de este ministro lo engrandecieron. Triunfó al principio con algunos votos, despues sucumbió con algunos votos. Fué llamado al consejo de ministros que se reunió en casa de este hombre de Estado para deliberar sobre la crísis. ¿Era menester retirarse? ¿O era menester disolver la cámara y ape-

lar al país? Tal era la cuestion. No vacilé, y todavía creo que si mi parecer hubiera prevalecido, la constitucion representativa se habria salvado y se habria impedido la revolucion.

"Preciso es retirarse, dije á M. Molè; es menester seguir " sin contrariarla la ley del gobierno representativo. En el " parlamento estais en minoría: reconoced vuestra derrota " Dejad la victoria en manos de la coalicion, victoriosa un " dia, que su victoria la matará. Con entregarle el poder " la desorganizais. Esas manos que se rechazan y se han " unido para votar contra vos, ¿cómo se unirán para apo- " derarse del ministerio? Tendrán que desgarrarse al dia " siguiente. La confusion que está en los corazones apa- " recerá en los actos. Republicanos, legitimistas, doctri- " narios, ambiciosos, ¿como se entenderán estos partidos " para formar un gabinete de caos? Antes de veinti- " cuatro horas, los oradores de estos diferentes partidos re- " trocederán los unos delante de los otros.

«M. Guizot, M. Berryer, M. Garnier-Pagès, M. Thiers, « M. Barrot, M. Dufaure, ligados para destruir, ¿podràn « ligarse para reconstruir? Esto seria la obra de Babel! « Estos elementos incompatibles se separarán por sí mis- « mos. Los que no quieren mas que el ministerio, serán « rechazados por los que quieren ideas, los que no quieren « sino ideas, serán rechazados por los que quieren empleos « El ministerio que va á sucederos incurrirá en contradic-

« ciones, en debilidades, se verá en minoría, y pronto, an- « tes de un mes, dará escándalos. Querrá como vos di- « solver la cámara y apelar al país. El país indignado se « volverá contra él, y en la nueva cámara encontraréis « mayoría, justicia y estimacion.

«Si por el contrario, os sublevais contra la falsa pero « aparente espresion de la mayoría de ayer contra vos en « el parlamento, el país creerá que quereis sustituir la vo- « luntad del rey á la suya, y colérico enviará una mayo- « ría contra vos. La prerogativa de la corona será sub- « yugada por un ministerio de ambiciosos que se encon- « trará en mil embarazos. Este ministerio, para engañar « en el interior, provocará agitaciones en el esterior y ori- « llará á la Europa á la guerra. Si hace la guerra en es- « te sentido y por la mala causa del Egipto, la Europa se « incendiarà y nuestra marina se perderá.

«Si retrocede en el momento de disparar el cañon, la di- « plomacia de la Francia quedará degradada en el mundo, « y todas nuestras alianzas serán rechazadas en los brazos « de la Inglaterra. La consideracion del gobierno se re- « sentirá con esto, se verá obligado á ser humilde para que » se le perdonen sus provocaciones. El espíritu francés « no soporta el oprobio. Estallará una verdadera division « entre la Francia y el país. La menor circunstancia in- « cendiarà este foco de descontento, y la coalicion produ-

« cirà por nuestra culpa lo que lleva en el seno: una revo-
« lucion! De vos depende hacerla abortar."

M. de Montalivet me pareció espantado ante estas consideraciones. M. Molé, evidentemente inquieto, miraba sin ver por la ventana. Parecia buscar en el cielo la solucion del terrible problema que la crísis envolvia y que yo acababa de resolver. Golpeaba con sus dedos la vidriera como un hombre que se impacienta y que vacila. Pero por desgracia ya no vacilaba. La cámara fué disuelta y el ministerio de 1840 se impuso á la corona. Este ministerio agitó la guerra como lo habia yo previsto. Al dar el último paso sondeó el abismo y retrocedió. Evidentemente hubo en aquel instante uno de esos movimientos de honradez meritoria que sacrifican el amor propio para salvar la conciencia.

Aunque opuesto casi constantemente á la política de M. Thiers y de sus amigos, creí reconocer una verdadera moralidad de miras y una alta abnegacion de amor propio en la abdicacion del poder que no se podia conservar, sino á título de agitadores de la Europa. Siempre habia yo sido justo con el escritor, una secreta estimacion nació en mí hácia el hombre de Estado. Me arrepentí de haber luchado con tanta fuerza en la tribuna y en la prensa contra los errores del ministerio de 1840.

Sucedió lo que habia yo previsto y anunciado à los 221 dinásticos de la reunion-Jacqueminot.—Cuando llegó el dia

de las remuneraciones, los conservadores me citaron à la casa de M. Delessert. Se trataba de nombrar un presidente de la cámara. Siete ú ocho oradores subieron á la tribuna. Todos pronunciaron el mismo discurso. Hélo aquí: "Un hombre nos ha defendido gratuitamente, á ve-
" ces nos ha salvado, siempre nos ha honrado. Este hom-
" bre es M. de Lamartine. Le debemos una remunera-
" cion brillante, y ha llegado el momento de ofrecérsela.
" La presidencia de la cámara será la muestra de nuestra
" estimacion y de sus servicios. Pero él es bastante gene-
" roso para permitirnos nombrar á M. Sauzet. M. Sau-
" zet siempre ha combatido contra nosotros, mientras que
" M. de Lamartine perdia su popularidad y se comprome-
" tia por nosotros. No importa! M. Sauzet puede ser-
" nos útil, y M. de Lamartine ya no nos sirve de nada.
" Nombremos á M. Sauzet, y que nos lo perdone M. de
" Lamartine!"

Tan bello razonamiento obtuvo la aprobacion universal. Los partidos son todavía mas egoistas que los hombres aislados. Parece que los hombres al reunirse en partido ó en turba, asocian siempre sus vicios, nunca sus virtudes.

Yo mismo aplaudí, porque no queria quedar ligado por el reconocimiento al partido contra el que pronto tendria que combatir, y volví á mi aislamiento.

El rey me mandó llamar dos veces para atraerme á sus ideas en circunstancias graves para él. El rey era rey, era hábil, elocuente, persuasivo, seductor con su familia-

ridad. Solo una conviccion muy fuerte podia guarecer al alma de su gracia, de su fuerza, de sus halagos y de su obstinacion. Me conmovieron su confianza y sus bondades. Resistí, doblegándome como la caña al viento del favor de las cortes. Fuí respetuoso, pero invencible.—¿Qué impresion os he hecho? me dijo el rey al despedirse.—Señor, le contesté, me habeis admirado; pero no me habeis cambiado.

M. Guizot me ofreció la embajada de Viena ó de Lóndres. Añadió que si esto no me parecia bastante, el rey añadiria á mis funciones, inmensamente retribuidas, ventajas de rango y de fortuna que aumentarian su importancia. Insistió muchos meses. Agradecí estas instancias de un hombre de Estado, cuyo carácter y cuyos talentos me inspiraban respeto, aunque desde mi infancia me repugnaban sus doctrinas. No quise lazos de oro, me conservé pobre y laborioso para lo desconocido. Combatí primero con moderacion, y despues enérgicamente á M. Guizot. La distancia entre nosotros crecia á medida que el gobierno se refugiaba en lo pasado, y que mi espíritu con el del siglo se lanzaba al porvenir.

Un hecho bien estraño comprobará el profundo abismo de ideas que se abria entre el último ministro de la monarquía y yo.

El 24 de Febrero en la noche, las primeras personas que entraron al gabinete del ministro de negocios estrangeros tomado por el pueblo, gabinete al que M. Guizot no debia

volver, encontraron en su bufete algunas notas que sin duda habia llevado de la cámara. Yo habia hablado la víspera. M. Guizot debia contestarme. Entre uno y otro dia la revolucion habia sumergido la tribuna. Una de dichas notas contenia estas palabras trazadas por la mano de M. Guizot: "Mientras mas escucho á M. de Lamartine, " mas me convenzo de que nos es imposible entendernos."

Me entregaron este papel cuando yo entré el 28 de Febrero al gabinete de M. Guizot. Entré, no como vencedor que va á apoderarse de un despojo y á insultar la caida de un adversario, sino con la opresion en el corazon que esperimenta un hombre al entrar al aposento vacío de un muerto ó de un desterrado. Todo aquel gabinete me hacia la impresion de un sepulcro. No quise establecerme en él. Un destino estraño me hacia encontrar mi nombre fresco todavía, escrito por la mano del ministro de la monarquía desplomada, como un desafío que la revolucion acababa de aceptar para mí!

Las cosas humanas tienen entre sí una especie de sublime *ironía*. Los mas graves destinos tienen á veces, como la demencia, carcajadas en medio de las lágrimas. Estos contrastes son las burlas de la Providencia. Los hombres ligeros se rien; los hombres sérios las respetan, se inclinan y tiemblan. El abismo entre M. Guizot y yo era grande, en efecto, puesto que solo podia llenarlo una revolucion!

Yo presentia esta revolucion; pero no la habia hecho.

Aun me habia negado á concurrir á los banquetes reformistas, por considerarlos como una agitacion estrema que impulsa demasiado al acaso, al vértigo y á la convulsion. Pero una vez hecha esta revolucion, me entregué á ella en cuerpo y alma para terminarla y moderarla á la vez. Fuí lanzado por la República al gabinete de M. Guizot. De todos los pensamientos que habian agitado su alma en aquel gabinete, no conservé mas que dos: el órden, pero el órden democrático en el interior; la paz, pero la paz popularizada por su fuerza y por su dignidad en el esterior.

Mi carrerra oratoria media, pues, entre la revolucion de Julio, que me lanzó de la diplomacia á la cámara, y la revolucion de Febrero que me lanzó de la oposicion moderada al ministerio republicano. Reuno en este volúmen las principales huellas de esta carrera. Si el lector no encuentra en ellas gran talento, encontrará, lo espero, buena fé, conciencia, intencion recta. Esto bien lo sé, no son títulos, sino escusas. No hay crímen tras de mí, pero sin duda hay faltas. Los hombres políticos, en tiempos de agitacion y de duda como los que atravesamos, son demasiado felices con tener escusas que presentar á la posteridad, y no dejar mas que faltas sin sangre como huellas de su paso por la tribuna.

Y ahora no cesan de decirme, y leo en los periodicos de mis adversarios: "¿Por qué habeis querido seguir una carrera parlamentaria? ¿qué teníais que ganar en ella? ¿No

seríais mas feliz si os hubiéseis contentado con el don poético de que Dios os habia dotado, y con esa carrera tranquila del literato en que no se lucha sino con estrofas y versos para alcanzar palmas que jamás marchitan el llanto, ni la sangre? Sois como todos esos ambiciosos de gloria, como todos esos avarientos de fama que no teniendo mas que un talento, aspiran precisamente al que les falta y pierden uno sin alcanzar el otro."

Tratando de felicidad, nada tengo que contestar. De buena gana quisiera haber pasado mi vida en cultivar mi campo, en filosofar como egoista sobre las revoluciones de los imperios, en pensar, en soñar, en cantar, en viajar buscando imágenes, delicias para el espíritu y versos en los gratos climas del Oriente; sí, esto hubiera sido mas agradable que estudiar penosamente las cuestiones políticas, que amoldar mi lengua rebelde á las improvisaciones parlamentarias, que luchar unas veces por los derechos legítimos del pueblo y otras contra su demencia, crucificado durante los mas hermosos años de mi vida, en sitios apestados, respirando los miasmas sin tener la enfermedad de la ambicion. Pero tratándose de deber, el poeta es tambien ciudadano. El hombre es indivisible como la pátria.

"Honte à qui peut chanter pendant que Rome brûle."

Pero en tan ingrato papel, añaden mis contradictores, no ganais mas que penas para el espíritu y tristeza para el corazon. Las asambleas murmuran, los periódicos desfiguran, los envidiosos se burlan, los rivales insultan, los cobar-

des calumnian, los crédulos aborrecen, la multitud desconoce y maldice. Salís de esas lizas puro de sangre, pero manchado de lodo. ¿Es todo esto el indicio de lo que será la posteridad? Si os poneis delante de ella, ¿os parece muy lisongera la imágen que de vos mismo le preparais? La posteridad! sinceramente respondo que no pienso en ella. No oye de tan lejos; en cuanto à mi posteridad apenas es de un dia. Y si en efecto pensara en ella ¿creeis que habia de quejarme de los pequeños ódios, de las pequeñas injusticias, de las pequeñas calumnias sufridas en mi vida, para trasmitir mi corta memoria á un corto porvenir?

Escuchad: hé aquí una nota enteramente poética que el acaso me hace encontrar hoy entre antiguos planes de poesía trazados y abandonados por mí en otro tiempo durante los ócios de mis largos viages de mar. Es una oda en diálogo á la manera de Schiller ó de Goëthe, esos dos grandes poetas y políticos. Solon lo era tambien!

Un estatuario adelgazaba un trozo de mármol de Páros para hacer la estátua de una divinidad destinada al Parthenon. A cada golpe del cincel que arrancaba un pedazo, salia de la piedra con una queja dolorosa un gemido articulado.

El escultor admirado se detiene, y dirigiéndose al mármol le dice:

—¿Qué tienes y de qué te quejas?

—Me quejo, dice el mármol, de los golpes que me das y

las heridas que me haces con tu cincel. ¿No ves que me mutilas sin compasion y que tu mano hace caer mis restos al suelo?

—Insensato! replicó el estatuario; estos golpes son los que te dan una forma, los que te desprenden de la piedra y van á hacerte mirar por la posteridad. No eras mas que un trozo de mármol, y te conviertes en estátua. ¿No puedes sufrir ni callar en cambio de semejante trasformacion?

El trozo de mármol es la naturaleza que gime dentro de nosotros. El Parthenon es el porvenir. Los cinceles del estatuario son el insulto, la calumnia y la persecucion que en el dolor, pero en un dolor voluntario y meritorio, preparan la imágen de los hombres dignos de memoria á las miradas de la posteridad.

Paris, 1.° de Junio de 1849.

A. DE LAMARTINE.